

Que se remangó las sayas para rascarse las corvas..., tal fue lo que me dijo ; pero yo sabía que no, que no era verdad aquello: por eso me vine de prisa y repiqué las campanas. No por otra cosa fue, padre, que un hombre que linda con los setenta, medio tullido de cavar cepas en los majuelos, que espanta las moscas con la tos y con más granos en su tástana que una mazorca de panizo, un hombre así, como yo, ni es gorrión cantarín y mañanero, ni siquiera avispa que precise libar en flores ajenas, cuando no es capaz, ya, de escardar su propia rosa. Por eso fue, don Pedro... Por lo que dijo la Andrea y porque el repique de las campanas ahuyenta los demonios, como ánima en pena me vine hasta la

torre. Pero usted no me atiende, padre; usted...

Acaso haya detalles que he olvidado, acaso se me enreden las ideas y el hilo de lo que diga se me desmadeje, aunque en la boca se me tropiecen, unas con otras, las palabras, no me lo tome a chunga y déjeme, don Pedro, que le cuente...

Fue, quizá, culpa del viento. Aquí, en el pueblo, todos sabemos que el solano atrae los malos espíritus y que las campanas los dispersan. No es mentira, no: yo los he visto: rumorosos y encrespados llegan del lado del mar aventando la arena caliente de los caminos, rozando la hierba de los bancales y chamuscando las aliagas en el monte, escarbando bajo las hogueras y entre la ceniza, espetándose en la carne y navegando entre los sueños...; luego remolinean allí donde anida el pecado, y al fin, si las campanas doblan o repican -o aunque solamente retiñan-, se funde en la noche y desaparecen... A veces se hunden entre los recuerdos, y es entonces cuando se avivan las malas pasiones, la sangre se encabrita en lo más hondo y es como si se nos borrara de la conciencia quiénes somos, adónde vamos o de dónde venimos. A veces, sólo a veces, se escabullen; pero están ahí. De madrugada los oigo rechinar contra las paredes del corral o sobre las tejas. Pero no es el batir de sus alas ni el tabaleo de sus pasos, si es que vuelan o caminan, lo que me despista, sino el hedor, como a chispe de almazara, que despiden. Y me despierto, digo, y a oscuras -apenas un resquicio de sobra a través de la ventana entornada del patio- me levanto y camino descalzo por la húmeda tierra apisonada del suelo, o me hincó de rodillas sobre el valeo de esparto a salmodiar esa retahíla de letanía

con que usted implora lluvia a los cielos cuando el trigo no es más que broza que ni las cabras roznan, de tan mustio y reseco. Mi voz carraspeada y temblorosa acaba por turbar el sueño de María, que desde la cama me observa en silencio o se troncha de la risa, según le dé... Ella, tan comedida siempre, tan mesurada como todos, tan... no sé cómo, de mí se guasea -también de usted, padre: "Santi Cosme et Damiaaaaaaneee", remeda, zumbona- cuando la invito a platicar con las almas del purgatorio; pero yo no la escucho, siquiera, que de tanto caminar descalzo me entran ganas de orinar, y a la calle me salgo -la bragueta del calzón sujeta con la mano, eso sí- a vaciar el cuerpo junto al tronco de la higuera. Si me demoro un rato, la Mari me llama y yo acudo como perrillo faldero hasta su lado, en la cama, me arrullo en su carne blanda y caliente y le pellizco el ombligo, a ella se le afloja la chulería y se ríe, y yo también me río, que no sólo de pan..., usted ya sabe, don Pedro.

Es buen truco ese de permanecer así, acurrucado en el calor de su cuerpo, hasta que, rebañando los últimos posos de la noche, al otro lado de la ventana, la claridad comienza a dibujar nubes negras pinchadas en los negros sarmientos de la parra, porque es entonces cuando amaina el viento, y las voces de los muleros por los caminos, camino del tajo, hacen que en mi mente afloren los recuerdos.

¡Ah, los recuerdos...!, padre. Taladrando el tiempo, bogando escurridizas a través del olvido, rulan y rulan por los tortuosos senderos de la memoria confusas imágenes de amores y desventuras, de aciertos y desvaríos, de gozos o de pesares... Engarzadas como las cuentas de un rosario -como

enroñecidas, de tan remotas-, nostálgicas estampas de otra época; la acequia, ahora seca, donde los chiquillos nos bañábamos desnudos durante las siestas; aquel olmo, que luego mi padre taló para la lumbre, en cuyo tronco tantas veces me recliné para remediar la fatiga; el campanario de la ermita donde capábamos morceguillos con una vela; el primer disparo, y luego tantos disparos, tanta muerte y tanto odio...; las manos moribundas de aquel hombre, junto a las tapias del cementerio viejo, taponándose la brecha sangrante con un pegote de barro; las cartillas de racionamiento y el pan moreno; la voz aguardentosa de Marcelo pregonando por las esquinas jornales de braceros para la Casa Grande; las siegas de sol a sol, en los áridos campos de Honrubia, a cambio de cuatro libras de pan y medio azumbre de vino; la luminaria de San Blas, aquel año en que los quintos rodamos tan prieta y grande bola de nieve, que ni por el postigo de su casa, padre, cabía; la boda de Manuel y la muerte de Consuelo la Nava; la pelea, en la chope-
ra de junto al río, con aquel pardal que rondaba a María; los rosarios de la aurora, todos con el farol en la mano, todos en filas -ellas por aquí, por allá, nosotros-, cantando...

Eran tiempos, aquellos... En eso pensaba esta tarde cuando llegaron la Marce y Juanico. Yo estaba en el huerto, acuchillado tras de la tapia, silbando a las nubes. En momentos así, cuando la morriña crece y se anuda a la garganta, es bueno trajinar en algo que no sea cavilar, cavilar, cavilar, y dale y venga, siempre lo mismo...

— Horas tiene el reloj, hombre. Con esta solanera...

Como si no me hubiera percatado de que estaban allí, yo seguía regando los tiestos de geranios y arañando con un sarmiento la costra de tierra.

— Se han de secar, así... -insistió la Marce.

Me volví, entonces. Espatarrada entre dos surcos, un brazo en jarras y con la mano del otro atusándose un mechón que se le había resbalado del moño, algo malo parecía, padre: una de esas. A ella le hubiera dicho qué habría de secársele como siguiera pisando las zanahorias, pero me contuve las ganas, por respeto a Juanico -tan cándido él, tan papanatas-, y sólo atiné a decirle que sí, claro, cómo no habría de saberlo, yo, que desde que era un chiquilicuatro, siempre, siempre entre flores, y le cuqué un ojo, y ella, ji ji ji ji, como coneja salida, enseñando los dientes y replicando que alguno andaría seco ya, la Mari, mejor que nadie, sabría... ¡Buena recua, la Marce y las otras...! ¡Como para uncirlas en la misma vara, y arrear a látigo corto. Porque yo digo: tanto rezo y tanta pamplina, ¿para qué? No las conoce, usted, bien, don Pedro; cuando se hinquen de hinojos en el confesionario, díganle lo que le dijeren, culebrones saldrán por sus bocas, y agua bendita ha de necesitar usted para perdonar tanto pecado. Con el hisopo les atizaría, yo, entonces... Pero atienda, padre; deje ya de enredar con los cordeles, y escuche...

Nos habíamos ido los dos -a Juanico como si no lo contara, tan tontilán...- calle arriba, al corrillo que todas las tardes se forma a la sombra del paraíso, en casa de su vecina. Allí estaba Carmelo. Allí estaba Dionisio, con su pierna arrastras y ese tembleque en las manos. Y Faustina. Y Carmen. Todos los de la pandilla estaban allí. Aún no había

llegado la Andrea, pero llegó después, más valiera que no... Me recosté en el brocal del pozo mirando cómo jugaban al tute. (No de dinero: con habichuelas, que en los tiempos que corren no puede andar uno dilapidando lo que no tiene). Faustina-Carmelo, contra Carmen y Dionisio. El Real contra el Atleti, como si dijéramos. O los fascistas contra los rojos (ya le contaré, ya, algún día...), si usted prefiere. Buena partida.

—¿No juegas tú?

Era la Andrea. Por el postigo debería de haber entrado, pues no la había visto llegar. Apencada sobre la cadera traía una brazada de alfalfa. Le dije que no, que luego, tiempo habría...

—Ayúdame, entonces... Es para las gallinas - dijo, señalando el haz de hierba.

Eché a caminar, y yo, recogiendo las briznas que se le caían, tras ella. El corral de su vecina linda con el campo, al otro lado de la calle; estaba cerrado y hube de volver por la llave. A Carmen le habían robado el monte, por no achicarse, y refunfuñaba por lo bajo.

— ¡ Dáte prisa o se hará de noche! -gritó la Andrea, ahuecando la voz; lo decía de chungu, para reírse, bien sabe ella lo malparado que ando con la reúma.

La Andrea es buena, sólo que con esas rarezas que heredó de su padre, el tío Víctor. Y cachonda, eso sí, como ella sola: hasta de su abuela, que en Gloria la tengan, se chotea... (No es por enmendar la virtud a nadie, don Pedro; pero, como mi Mari, pocas...).

Mientras ella rebrincaba de un lado a otro vaciando las conejeras, esparciendo la alfalfa por el suelo y barriendo con un escobajo de mimbre las

MODO DE PRESENTACION

*seguros de que esta nueva idea de la Comisión
er a todos los participantes en la FIESTA
os tres CUENTOS premiados en el presente
PRARIO, va a ser del agrado de todos, pues
esante recuerdo de su participación.*

*to consta el ACTA donde se resumen las de-
DO, quisiera en esta especie de presentación
e mis impresiones como miembro de un JU-
gunos años tuvo a bien premiar un cuento*

*ación en el Concurso se prestaba para una
abajo; pero debo confesar que la buena y pre-*

vidarse si aún guardaba en la piel la señal del re-
cincho de esparto con que su padre le molió las cos-
tillas cuando nos sorprendió, aquella tarde, so-
lazándonos entre los juncos... Eso me dijo, y se
apretujó un poco más contra mi hombro. Decía y
decía, pero yo apenas la escuchaba; yo trataba de co-
lumbrar a través de las rendijas si alguien venía,
no fuera a pillarnos en tan poco cristiana compos-
tura. Un rato permanecimos así, hasta que el es-
tampido de los cohetes, retumbando en el cielo,
anunció que el baile comenzaba en la placeta. Fue
aquello como la señal para que los malos vientos,
antes amarrados entre las nubes, se desatasen. Y
ábrego no eran, ni tampoco cierzo o escaramillo;
soplaban del naciente, y alguna aliaga deberían ha-
ber chamuscado ya, porque de golpe noté por den-
tro como un fuego que me abrasaba el estómago,
me subía, canalón arriba, hasta la boca, y rompía en
espeso sudor que yo procuraba enjugar con el revés
de la mano. Satanás, padre: ése es, lo que era : el de-
monio mismo, enmascarado de nube; de huracán
o de remolino; de vencejo graznado en los tejados;
de sol luciente o de noche oscura; de sueño o de vi-
gilia; de falda de muselina que se traba entre las
piernas ciñendo el cuerpo, hinchando la bragueta y
provocando el pecado. O de música, padre... Porque
hay músicas que glorifican a Dios, y músicas que
indefectiblemente sirven las almas al diablo. De ésa
era, don Pedro, la que entonces llegaba -primorosa,
ardiente, balanceando la lujuria- por cima de los te-
jados. Enredada en el vuelo de las golondrinas, la
melodía de las canciones surcaba el aire y se posaba
sobre la piel, punzaba la carne y se hendía, ofuscan-
do la razón y embrujando los sentidos, hasta lo

más hondo... Vi cómo la Andrea se levantaba,
cómo sus ojos brillaban igual que los de un animal
del monte cuando se siente acorralado. Oí su voz,
llamándome. Yo fingía no verla ni escucharla,
pero se llegó hasta mi lado y me tomó de las ma-
nos. Me preguntó:

— ¿Te resisten las piernas, Luis?

Eso fue lo que me dijo. Dijo eso, y más, cuando
se es joven, la carne es débil... Decía, pero yo no le
respondí, padre: un nudo me agarrotaba las pala-
bras, la sangre se me encabritaba en las venas al
contemplar en el suelo el vaivén cadencioso de la
sombra de su cuerpo, y algo -fuera el pecado mis-
mo, fuera el viento encrespado que llega del mar
escarbando entre la ceniza y aventando la arena ca-
liente de los caminos, fuera o no fuera ella...-, algo
le remangó las sayas hasta las corvas. Por eso fue
que yo me vine, como ánima en pena, corriendo,
hasta la torre, y repiqué las campanas. Por eso fue,
no por otra cosa, don Pedro, perdóneme...